

La política exterior de Donald Trump hacia América Latina y el Caribe: ¿Continuidad o cambio respecto a las Administraciones anteriores?

Donald Trump's foreign policy towards Latin America and the Caribbean: ¿continuity or change with respect to previous Administrations?

Lic. Liosvany Pérez Rojas

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-8787-1367>

Resumen

Cuando se estudia la historia de las relaciones interamericanas y, especialmente, las relaciones de América Latina y el Caribe con Estados Unidos de América (EE. UU), se ponen de manifiesto los diferentes obstáculos y limitaciones que han tenido en su avance. Asimismo, los EE. UU siempre han mantenido una importante influencia para garantizar sus intereses geoeconómicos y geopolíticos en la región. Por su parte, si se pretende entender la dinámica actual de dichas relaciones, se hace imprescindible realizar una revisión del comportamiento seguido por la política exterior norteamericana hacia el continente, a partir de un enfoque multidisciplinario y en diferentes niveles de complejidad, lo que posibilitará mostrar los cambios, continuidades, orientaciones y proyecciones, tanto en los objetivos como en las estrategias seguidas por las Administraciones de turno, desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad. Siguiendo esta lógica, el presente trabajo pretende revisar las políticas desarrolladas por la Administración del presidente Donald Trump hacia el Hemisferio Occidental y, teniendo en cuenta los enfoques histórico y geopolítico, llegar a exponer las continuidades y cambios que se aprecian respecto a las administraciones estadounidenses establecidas después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

Palabras claves: Política Exterior, Estados Unidos de América, América Latina y el Caribe, Donald Trump, enfoques histórico y geopolítico.

Abstract

When studying the history of inter-American relations and, especially, the relations of Latin America and the Caribbean with the United States of America (USA), the different obstacles and limitations that they have had in their progress are revealed. Likewise, USA has always maintained an important influence to guarantee its geoeconomic and geopolitical interests in the region. On the other hand, if one intends to understand the

current dynamics of these relations, it is essential to carry out a Review of the behavior followed by North America foreign policy towards the continent, based on a multidisciplinary approach and at different levels of complexity, which will make it possible to show the changes, continuities, orientations and projections, both in the objectives and in the strategies followed by the Administrations on duty, from the second half of the 20th century to the present. Following this logic, this paper intends to review the policies developed by the Donald Trmp's Administration towards the Western Hemisphere and, taking into account the historical and geopolitical approaches, to expose the continuities and changes that can be seen with respect to the established US administrations after the end of World War Second.

Key words: Foreign Policy, United States of America, Latin America and the Caribbean, Donald Trump, historical and geopolitical approaches.

Introducción

A lo largo de la historia, las relaciones interamericanas y, particularmente, las relaciones de Estados Unidos de América (EE. UU) con sus vecinos del sur han estado permeadas de múltiples retos en su avance. Entender la dinámica actual de dichas relaciones pasa por realizar una profunda revisión de la política exterior norteamericana hacia el Hemisferio Occidental¹, lo que posibilitará mostrar los cambios, continuidades, orientaciones y proyecciones tanto en los objetivos como en las estrategias seguidas por las diferentes Administraciones, desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente.

De forma general, en los últimos años EE. UU ha llevado a cabo múltiples acciones unilaterales, en el ámbito de las relaciones internacionales. Entre ellas se pueden citar las siguientes: presionar a otros países a adoptar valores y prácticas estadounidenses en lo que se refiere a los derechos humanos y a la democracia; evitar que otros países adquieran capacidad militar que pueda constituir un desafío a la superioridad de su arsenal de armas convencionales; imponer el cumplimiento de sus propias leyes fuera de su territorio a otras sociedades; promover los intereses empresariales estadounidenses bajo la bandera del libre comercio y de la apertura de los mercados; influenciar en las políticas

¹ A los efectos del presente trabajo, se entiende por Hemisferio Occidental a aquella región del mundo integrada por los países latinoamericanos y caribeños, desde el Río Bravo hasta la Patagonia. Según el Departamento de Estado de los Estados Unidos, esta es una de las regiones que conforman la división realizada por este país para dar cuenta de sus objetivos y estrategias de política exterior hacia las diferentes regiones del mundo.

del Banco Mundial (BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI) de acuerdo con esos mismos intereses corporativos; e intervenir en conflictos locales de poco interés directo para el país.

Todos los elementos anteriormente planteados se hacen notar con mayor presencia en la región de América Latina y el Caribe (ALC), donde los EE. UU siempre han mantenido una importante influencia para garantizar sus intereses geoeconómicos y geopolíticos. Asimismo, desde la promulgación de la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto², en el siglo XIX, los diferentes gobiernos norteamericanos han mostrado su disposición en no ceder espacio, en lo que se refiere al Hemisferio Occidental, ante ninguna potencia extranjera.

No obstante, el análisis de la política exterior de EE. UU hacia la región exige de un enfoque multidisciplinario y en diferentes niveles de complejidad, para tener una aproximación más objetiva de los diferentes temas prioritarios que ocupan la agenda hacia el Hemisferio Occidental. En este sentido, serán empleados los enfoques históricos y geopolíticos, dado su riqueza conceptual y documental para entender las relaciones de ALC con su vecino del Norte, así como los elementos que aportan para realizar reflexiones críticas al respecto.

Asimismo, en este paso por la historia, hay que tener en cuenta que los peligros y amenazas definidos por EE. UU hacia su seguridad nacional y la de todo el Hemisferio han ido variando desde la época de la Guerra Fría y han aparecido otros retos en la actualidad como son, por ejemplo, el tráfico ilícito de drogas y armas, la trata de personas, el crimen transnacional organizado y la ciber-seguridad. Todos ellos influyen en la forma de hacer política exterior hacia la región.

Siguiendo esta lógica, el presente trabajo pretende revisar las políticas desarrolladas por la Administración del presidente Donald Trump hacia la región y, teniendo en cuenta los enfoques histórico y geopolítico, llegar a exponer las continuidades y cambios que se aprecian respecto a las administraciones estadounidenses establecidas a partir de 1945.

Por otro lado, a la hora de abordar la proyección externa norteamericana se tratarán diferentes aspectos o aristas de dicha política, como son, por ejemplo, la política comercial, la política migratoria, las políticas ambientales, lo referente a la democracia, así como las políticas implementadas en el área de la cooperación.

² La expansión estadounidense hacia el sur de sus fronteras no solo era algo inevitable, sino que respondía a “un mandato divino”.

1.1. Antecedentes históricos.

En el período de 1826 hasta 1933 los EE. UU mantuvieron una política que osciló del aislacionismo al intervencionismo en cuanto a su proyección externa. En este sentido, asumieron dos posiciones que van a coexistir en paralelo; por un lado, se veían a sí mismo como el pueblo elegido para llevar a cabo una misión en el mundo, lo que fue conocido en la historia como el “excepcionalismo estadounidense”³ mientras que, por otro lado, en tiempos de George Washington, se mantuvo un fuerte aislacionismo para no establecer ningún tipo de relación con otra región y no verse afectado por sus problemas⁴. Se pretendía con esta forma de actuar, fortalecer primero el Estado y entonces luego lanzarse al exterior como un actor relevante para las relaciones internacionales.

Particularmente, desde aquellos años, el aislacionismo se debía extender hacia el subcontinente latinoamericano y caribeño, en tanto EE. UU entendió que se trataba de su natural zona de influencia. Siguiendo esta lógica, resultan reveladoras las palabras pronunciadas por el tercer presidente estadounidense, Thomas Jefferson (1801-1809), cuando sobre la región comentaba que: “[...] sea cual sea el gobierno que determinen, serán gobiernos americanos que ya no se verán implicados en las incesantes riñas de Europa [...] América tiene un hemisferio para sí. Debe tener su propio sistema de intereses, que no debe estar subordinado a los de Europa. La condición de aislamiento en que la naturaleza ha situado al continente americano debe servir para que ningún viento lleve la chispa de la guerra encendida en los otros cuadrantes del globo a través de los anchos océanos que nos separan de ellos; y así será. (Raymont, 2007, pp. 29-30)”.

Por su parte, ya desde 1923 el quinto presidente de EE. UU, James Monroe (1817-1825), abogaba por una separación del llamado Nuevo Mundo de Europa. A ello habría que agregar su célebre frase “América para los americanos”⁵, que entra dentro de lo que comenzó a llamarse Doctrina Monroe, la cual pretendía lanzar un claro mensaje al Viejo Continente de no intromisión en los asuntos internos de los países latinoamericanos y caribeños. Con estos ejemplos queda demostrado que, desde un inicio, el objetivo norteamericano era mantener a ALC libre de toda influencia extranjera.

³Esta es una visión que ha marcado la política americana a lo largo de toda su historia. En tal sentido, Abraham Lincoln caracterizó a EE.UU. como “la última mejor esperanza del hombre en la tierra”, George W. Bush señaló que “América es el único calificado para liderar el mundo”, mientras que, Barack Obama, indicó: “Creo en el excepcionalismo americano” (Odriozola, 2017).

⁴ A estos efectos, Washington en su discurso de despedida del 17 de setiembre de 1796, comprendía que era imprudente “atarnos con lazos artificiales a las ordinarias vicisitudes de su política [la europea] o a las ordinarias combinaciones y colisiones de sus amistades o enemistades. Nuestra situación, desapegada y distante, nos invita a seguir un rumbo diferente [...]” (Kissinger, 2001, p.26).

⁵ Según varios historiadores, la doctrina Monroe fue en realidad formulada por el secretario de Estado John Quincy Adams, quien seguidamente se convertiría en presidente de EE.UU. (1825-1829).

No obstante, la Doctrina Monroe con el paso de los años evolucionó del carácter eminentemente defensivo que tenía y se convirtió en el sustento del posterior expansionismo norteamericano hacia la región⁶.

Siguiendo esta lógica, la relación de EE. UU con la región sufrió un giro de 180 grados con la llegada al poder del presidente Theodore Roosevelt (1901–1909), quien implementó la política del gran garrote, la cual implicó la combinación de la persuasión diplomática con la violencia. Con dicha Administración la Doctrina Monroe alcanzó su interpretación más intervencionista hasta aquel momento. En este sentido, Roosevelt fue especialmente intervencionista en América Central y el Caribe, con los ejemplos de República Dominicana y Panamá. En este último país, el gobierno norteamericano se logró apoderar del Canal de Panamá.

La política de Theodore Roosevelt y la denominada “Diplomacia del Dólar”⁷ fueron continuadas posteriormente por las Administraciones que le sucedieron⁸, y sirvieron de sustento para enviar tropas armadas a Cuba, Haití, República Dominicana, México, Nicaragua y Panamá.

Finalmente, hay que hacer especial mención al período que comprende de 1933 a 1945, en el que asume el poder en los EE. UU el demócrata Franklin Delano Roosevelt, quien aplicaría la denominada Política del Buen Vecino hacia ALC. En este sentido, se produjeron acciones de “buena vecindad” hacia la región, las que se traducen en intentar aplicar suavidad y comprensión en el trato hacia los principales problemas de las naciones latinoamericanas y caribeñas, pero siempre acompañado de una interpretación bastante estrecha del concepto de intervención militar y del principio de no intromisión en los asuntos internos. En otras palabras, durante esta etapa algunos de los países latinoamericanos continuaron siendo en la práctica dominios coloniales norteamericanos.

1.2. El período de la Guerra Fría y la Posguerra Fría (1945- 2016).

En un escenario internacional particularmente complicado, asumió el poder de los EE. UU el presidente Harry S. Truman (1945-1953), matizado por la posguerra, en el que la potencia del Norte libraría una cruenta batalla contra el comunismo y su expansión por

⁶ Al respecto, Monroe señaló que: *“Debe quedar claro para todos que cuanto más avance la expansión, siempre que no sea más allá de un límite justo, mayor será la libertad de acción para ambos gobiernos [el estatal y el federal] y más perfecta su seguridad; (...) La extensión del territorio, sea grande o pequeño, da a una nación muchas de sus características. Indica el grado de sus recursos, de su población, de su fuerza física. En suma, marca la diferencia entre una potencia grande y una pequeña. (Kissinger, 2001, p.25)”*.

⁷ Consistió en la promoción por parte del Gobierno estadounidense de que sus empresas expandan sus intereses y presencia en América Latina y el Caribe, al considerar que ello era un buen mecanismo para asegurar la hegemonía estadounidense en la región (Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques, 9 de octubre de 2017, p.4).

⁸ William Howard Taft (1909-1913), Woodrow Wilson (1913-1921), Warren G. Harding (1921-1923) y John Calvin Coolidge Jr. (1923-1929).

Europa y el resto del mundo. En este sentido, su Administración se abocó por completo a la reconstrucción de sus aliados europeos, devastados por la guerra, y así contener la expansión de la Unión Soviética (URSS) hacia el oeste. Es por ello que en estos años la región latinoamericana no constituyó una prioridad en la agenda de política exterior norteamericana.

Si a ello le sumamos que, con el fin de la Segunda Guerra Mundial, los EE. UU habían crecido como potencia internacional, surgía la necesidad objetiva de replantearse sus intereses y prioridades, no solo en el mundo sino también en la región. Esto quedó demostrado con el enfriamiento de las relaciones en varios de sus niveles, entre ellos en el área de la cooperación y la asistencia económica, donde no se logró un compromiso más allá de promover la inversión privada estadounidense, a diferencia del Plan Marshall para Europa Occidental, que se ejecutaba con fondos oficiales del Estado. Asimismo, la democracia dejaría de ser un valor compartido con la región, en tanto Truman inicia un periodo de apoyo y reconocimiento a férreas dictaduras en el continente, siempre que fueran útiles a su política de contención al comunismo. Solo los temas de seguridad servirían para llenar la agenda de ALC⁹.

Mientras que, con el ascenso al poder de Dwight D. Eisenhower (1953-1961), se profundizan aún más las distancias entre EE. UU y la región. En este sentido, se produce un abandono definitivo de la Política del Buen Vecino de Franklin D. Roosevelt. En tanto, al igual que su antecesor, se aprobó un presupuesto de cooperación restringido en materia de cooperación hacia la región y el apoyo a dictaduras latinoamericanas fue una constante¹⁰. De igual forma, se produce un descuido total por la región¹¹, a lo que hay que agregar la falta de apoyo estadounidense a iniciativas para el desarrollo económico y social. Durante este período EE. UU solo respaldaría la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Sin embargo, con la llamada "Alianza para el Progreso"¹² del presidente John F. Kennedy (1961-1963) se buscó recuperar el nivel de relaciones con ALC que había alcanzado el

⁹ En este sentido, en el año 1947, se celebra el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), que serviría de modelo para la posterior constitución de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

¹⁰ Durante la Administración de Eisenhower se llegó a condecorar a dictadores como el venezolano Marcos Pérez Jiménez, el nicaragüense Anastasio Somoza o el peruano Manuel A. Odría.

¹¹ Esto quedó evidenciado en las declaraciones del propio presidente Eisenhower: "*Creo que es mucho lo que podemos hacer por mejorar nuestra relación con ellos, pero no estoy tan seguro de que el presidente de Estados Unidos pueda encontrar en estos días el tiempo necesario para hacer uno de esos viajes, con el desgaste físico que implica y otras características.* (Raymont, 2007, p. 120)".

¹² El 13 de marzo de 1961 Kennedy pronuncia un discurso en la Casa Blanca, ante los embajadores latinoamericanos acreditados en Washington, donde anuncia la Alianza para el Progreso, y que se formalizaría en un convenio celebrado en la reunión de Ministros de Exteriores de Punta del Este, en agosto del propio año. El plan estaría respaldado por un fondo de mil millones de dólares anuales en préstamos y donativos destinados a alcanzar fundamentalmente cinco objetivos: reforma agraria, incremento del empleo, promoción de la vivienda, mejoramiento de la salud y de la educación.

presidente Franklin D. Roosevelt, con la defensa de la consigna de que la grandeza de los EE. UU dependía del fortalecimiento de sus áreas de influencia y, de igual forma, el necesario impulso de reformas económicas y sociales en la región, para evitar una nueva Revolución cubana¹³.

Tanto la Alianza para el Progreso, así como otras iniciativas, generaron ciertas expectativas entre los mandatarios latinoamericanos, los cuales vieron en Kennedy la posibilidad de retomar la política del Buen Vecino. Sin embargo, ocurrieron una serie de dificultades por las cuales esta idea no llegó a materializarse, entre ellas, el exceso de burocracia, la supuesta contradicción entre el discurso político del presidente norteamericano y su accionar en la práctica con la invasión a Cuba y, luego del fracaso de esta, de su negativa de ayudar a países de la región que no se sumaran al aislacionismo impuesto sobre la Isla¹⁴. A la larga, la historia confirmaría, con las fallas de la gestión de Kennedy y, su repentino asesinato, la frustración en cuanto a establecer una relación nueva y sustantiva entre EE. UU y la región de ALC.

Mientras que en el período en que se sucedieron las Administraciones de Lyndon B. Johnson (1963-1969) y Richard M. Nixon (1969-1974) se produjo un abandono total de la Alianza para el Progreso implementada por Kennedy. Ello se debió a algunos hechos que se produjeron en esta etapa, como la guerra de Viet Nam y los esfuerzos para una apertura con China y bajar las tensiones con la URSS, que centraron la atención de EE. UU.

Por su parte, entre 1974 y 1981, las dos Administraciones norteamericanas en turno: Gerald R. Ford (1974-1977) y Jimmy Carter (1977-1981), respectivamente, llevaron a cabo infructuosos esfuerzos por lograr un acercamiento hacia la región. Ni Ford ni Carter contaron con un programa parcial o total que contemplara los problemas continentales, tal como lo hicieron Roosevelt y Kennedy. Sin embargo, se avanzó tímidamente en algunos temas como las conversaciones secretas con Cuba durante el gobierno de Ford, mientras que la preservación de los derechos humanos en la región tuvo especial énfasis con Carter¹⁵, ya que este negó todo tipo de ayuda económica o militar a aquellos gobiernos

¹³ No obstante, el gran problema que se le presentó a Kennedy durante su gestión fue el darle cumplimiento al plan aprobado durante la Administración de Eisenhower para invadir Cuba (operación Bahía de Cochinos, abril de 1961) para acabar con la Revolución cubana y el mal precedente que había sentado en la región. Se trataba de una operación en la cual la CIA preparó y equipó una brigada de exiliados cubanos a efectos de llevar adelante una contra revolución, la misma que desde un inicio no tenía posibilidades de triunfar, dada la diferencia numérica y de equipamiento de los combatientes (1.200 contra-revolucionarios versus 60.000 revolucionarios con experiencia en combate y con artillería pesada) y el respaldo popular con el que contaba la revolución (Smith, 1984, p.252).

¹⁴ En cuanto a la política de aislamiento se debe recordar la iniciativa estadounidense respaldada por varios países latinoamericanos para suspender a Cuba de la OEA en la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de dicho organismo, realizada en Punta del Este (Uruguay) del 22 al 31 de enero de 1962, la cual fue aprobada con 14 votos a favor, 1 en contra (la propia Cuba) y 6 abstenciones (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México). Esta medida también fue adoptada en relación a la Junta Interamericana de Defensa (JID). Otro hecho trascendental en la historia de las relaciones interamericanas de esta época y relacionado con este aspecto tratado lo constituyó la llamada Crisis de los Misiles de 1962, que puso al mundo al borde de una guerra nuclear.

¹⁵ El compromiso de Carter con los derechos humanos se vio también reflejado en el respaldo dado a la Convención Americana sobre Derechos Humanos respecto de la cual impulsó la ratificación de diversos países de la región; a ello se puede añadir el incremento del

que los incumplieran, especialmente las dictaduras militares, independientemente si respondían o no a los intereses norteamericanos.

Con la llegada al poder de Ronald Reagan (1981-1989), sobre la base de la crítica a la gestión de Carter, en los primeros años de su mandato se retomó una política hacia la región de apoyo a las dictaduras militares, que estuviesen en consonancia con los intereses norteamericanos y que sirvieran para la contención del comunismo. Ello se evidenció en el financiamiento de los “contras” en Nicaragua para lograr la caída del sandinismo. Esta misma política fue empleada en El Salvador y en Panamá.

Sin embargo, una de las características más distintivas de la Administración Reagan fue el unilateralismo, es decir, actuar al margen de las organizaciones internacionales como la ONU y la OEA. En este marco, el ejemplo más claro lo constituyó la invasión a Granada¹⁶.

En tanto, es válido destacar un cambio positivo dentro de este gobierno que fue la mayor flexibilidad para el pago de los intereses por concepto de la deuda externa latinoamericana, cuyo monto se estimaba, en aquel entonces, en alrededor de los 400 mil millones de dólares¹⁷. En la misma línea, Reagan aceptó el principio de “responsabilidad compartida” en cuanto a la lucha antidroga, tesis latinoamericana que buscaba que todos los Estados participantes en la cadena del tráfico ilícito de drogas asumieran su responsabilidad (Raymont, 2007, p.301).

El gobierno del republicano George H. W Bush (1989-1993), por su parte, se autoproclamó como más “moderado” hacia ALC, lo que se concretó en diferentes acciones como fueron, por ejemplo, la ayuda hacia los países de la región en el pago de la deuda externa¹⁸,

presupuesto y del personal de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos con sede en Washington a efectos de multiplicar su labor. Finalmente, su mensaje provocó una disminución considerable de las desapariciones y presos políticos en diversos países de América, conscientes de que los derechos humanos eran una prioridad de la súper potencia (Pastor, 1986b, p.212).

¹⁶ La invasión a esta pequeña isla del Caribe tuvo su antecedente en la decisión por parte del gobierno de Granada de construir un nuevo aeropuerto en Punta Salinas, con financiamiento soviético y asesoramiento técnico cubano. Ello fue percibido por el Departamento de Estado como el establecimiento de una futura base soviético-cubana desde la cual —señalaban— se podrían interceptar las rutas marítimas en el Caribe, amenazar los campos petroleros venezolanos, transportar guerrillas hacia el África, etc. (Ospina, 2012, pp.515-516). Este hecho así como los golpes de Estado sucesivos de Bernard Coard y Hudson Austin —quienes terminaron ejecutando al presidente Maurice Bishop— fueron las causas reales que motivaron la invasión de la isla el 25 de octubre de 1983 (Smith, 1984, p.255), para lo cual EE.UU. decidió emprender la operación Urgent Fury conjuntamente con Antigua y Barbudas, Barbados, Dominica, Jamaica, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas, con lo cual buscó darle la apariencia de una intervención colectiva a lo que en realidad era una intervención unilateral.

¹⁷ A fines de la década de los ochenta, la mayoría de los países de América Latina había fracasado en su modelo de desarrollo, adquiriendo además una gran deuda externa que excedía su capacidad de pago, por lo cual ingresaron a un serio periodo de crisis. En este contexto, la única alternativa viable era un cambio en el modelo de desarrollo y un ablandamiento en los pagos de la deuda, alternativa que sería la principal oferta del sucesor del presidente Reagan, George H.W. Bush (Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques, 9 de octubre de 2017, p.5).

¹⁸ Para el caso de la deuda externa latinoamericana el objetivo era impulsar reformas tendientes al libre mercado y la atracción de inversión extranjera para poder construir democracias fuertes en dichas naciones. Asimismo, se incluía negociar reducciones arancelarias sobre productos de interés para la región, la creación de un fondo para facilitar las privatizaciones y crear una zona continental de libre comercio.

intentar buscar una salida negociada y no militar al problema centroamericano¹⁹ entre Guatemala, El Salvador y Nicaragua y por su tendencia a actuar en el marco de organizaciones internacionales, salvo con algunas excepciones²⁰.

Todo se encontraba a tono con el contexto de la globalización neoliberal, en el que se impondría durante esos años el conocido Consenso de Washington²¹, con sus correspondientes efectos sociales en los países latinoamericanos.

En los primeros años de gobierno del presidente William Clinton (1993-2001) la retórica favorable a América Latina fue positiva, aunque no encontró eco en la realidad. Esto debido a que su política exterior se focalizó en buscar la prosperidad económica estadounidense concentrándose en sus necesidades internas, modernizando sus fuerzas armadas y consolidando la democracia en el mundo post Guerra Fría (“doctrina del ensanchamiento democrático”²²) (Linares, 1993, pp.86-87). Clinton, además, descartaba el papel de EE. UU como gendarme internacional, rol que debía ser cumplido por la ONU y por las organizaciones regionales internacionales (Calderón, 2000, p.5).

En cuanto a la región, Clinton intentó crear una sociedad continental, teniendo como base el fortalecimiento de la democracia, el libre mercado y el respeto a los derechos humanos. En este sentido, contaba con puntos muy similares a la Administración anterior. Para materializar estos elementos, fue retomada la iniciativa del presidente Bush, proponiendo la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) para el año 2005.

En cuanto a la política antidrogas, si bien el gobierno de Clinton se opuso a la militarización como política de solución del problema, finalmente lo tuvo que implementar en el caso del Plan Colombia al que le asignó 1.300 millones de dólares.

El ingreso de George W. Bush (2001-2009) a la presidencia de la República fue muy auspicioso en términos de lo que serían las relaciones con América Latina y el Caribe, incluso el propio presidente electo había manifestado claramente que América Latina “como vecina es nuestra prioridad” (Fernández de Castro, 2001, p.56).

¹⁹ En este aspecto el gobierno de Bush fue pragmático respaldando las negociaciones de paz que los propios países centroamericanos venían promoviendo, a través del Grupo Contadora, proceso que logró finalmente llegar a los Acuerdos de Esquipulas.

²⁰ Esta excepción fue el caso de Panamá, en el que EE. UU intentó llevar adelante una intervención a través de la OEA, para actuar en el marco multilateral.

²¹ El Consenso de Washington era consistente en 10 grandes principios de política económica promovido por el BM y el FMI, y que los países latinoamericanos debían aceptar como condición para negociar la reestructuración de su deuda. Entre estos 10 puntos se encontraban las políticas de privatizaciones, la desregulación de los mercados para permitir el libre movimiento de los capitales, los recortes del presupuesto para lograr un ajuste del déficit fiscal, eliminación de las barreras arancelarias, entre otras.

²² Consistente en incorporar a las naciones en una comunidad internacional de democracias de mercado. Ello a su vez se sustentó en el planteamiento de “paz democrática”, según el cual en democracia es menor el riesgo de conflictos armados, incumplimiento de compromisos internacionales, terrorismo o degradación ambiental.

Estas palabras no quedaron solo en el discurso político, sino que se llevó a acciones concretas en las que se puso de manifiesto realmente la prioridad que significaba la región para dicha Administración. En este sentido, se dio apoyo para la implementación del Plan Colombia; se realizó visita presidencial a México como primer país, a solo 20 días de haber asumido el poder de los EE. UU y la realización de entrevistas con otros cinco mandatarios latinoamericanos en los primeros 3 meses de gobierno; su asistencia a la Cumbre de las Américas de Quebec el 20 de abril de 2001 donde respaldó la aprobación de la “cláusula democrática” vinculada a los acuerdos de libre comercio; así como su posterior apoyo a la aprobación de la Carta Democrática Interamericana, en la Asamblea General de la OEA desarrollada en Lima el 11 de setiembre de 2001.

No obstante, con los atentados del 11 de septiembre de 2001, cambiaron radicalmente las prioridades de política exterior de los EE. UU. A partir de este momento la lucha contra el terrorismo pasaba a un primer plano y, si bien, en Colombia existían grupos (FARC-EP, el ELN y los paramilitares) que el Departamento de Estado consideraba organizaciones terroristas, la región comenzó a tener cierta marginalidad para la doctrina de seguridad norteamericana. A ello se debe sumar el fracaso definitivo del ALCA²³, con lo que se fracturaron las relaciones con ALC. Es precisamente con este alejamiento que se facilitó para algunos países el resurgimiento de gobiernos de izquierda, poniéndose en tela de juicio la llamada democracia representativa promovida por el ideario estadounidense.

En cuanto a la política migratoria, en este período se caracterizó por ser más restrictiva hacia los migrantes ilegales, por los atentados del 11 de septiembre. Sin embargo, en los primeros cinco años del siglo XX llegaron más de 8 millones de migrantes a los EE. UU, de los cuales la mitad lo hizo de forma ilegal. Así, Bush continuó con la Operación Guardián lanzada por el presidente Bill Clinton en 1994 consistente en la construcción de un muro en los 3.180 km de frontera con México, buscando con ello reducir la migración mexicana y centroamericana a EE. UU (Morgenfeld, 2016a, p.16).

A partir del 2009 llega a la presidencia de los EE. UU Barack Obama, quien debió asumir un contexto económico particularmente difícil, matizado por la crisis y problemas a resolver en el orden interno, lo cual logró revertir al final de su segundo mandato. No obstante, para ello hubo que sacrificar el liderazgo norteamericano en una serie de temas de la agenda

²³ A partir de este momento se frenó el interés de EE. UU en promover el libre comercio en toda la región, concentrándose en la firma de tratados de libre comercio bilaterales.

global. Ello se tradujo en la amplia vocación hacia el multilateralismo²⁴ que caracterizó su gestión.

Sin embargo, a pesar de la cargada agenda de trabajo, ALC no dejó de ser un punto de atención para EE. UU en esta etapa quien, desde fecha tan temprana de abril de 2009, en la Cumbre de las Américas de Trinidad y Tobago, invitó a los países de la región a formar una sociedad igualitaria basada en el respeto mutuo, en intereses comunes y en valores compartidos, con lo cual marcó una clara diferencia con su antecesor.

Lo anteriormente destacado se materializó con diferentes acciones que van desde el seguimiento al tema del golpe de Estado en Honduras, el tema Venezuela, el soporte diplomático a las negociaciones de paz en Colombia, el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba con todas las implicaciones que tal acontecimiento conllevaba, la creación del Plan Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte (APTN), elaborado por los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras con la asesoría de EE. UU y el financiamiento del BID, las promesas de una amplia reforma migratoria la cual finalmente no pudo ser implementada por la oposición de los republicanos en la Cámara de Representantes, en cuanto al tema ambiental que tuvo alcance no solo regional sino también global se encuentra la suscripción del Acuerdo de París y la negociación del Tratado Transpacífico (TPP) en el cual se incluían países de la región: Chile, México y Perú.

A esto habría que agregar un último elemento que fue el fluido diálogo político entre los diferentes mandatarios latinoamericanos con Obama y su Secretaria de Estado, Hillary Clinton, lo que quedó evidenciado en los intensos contactos²⁵. Se puede afirmar, sin duda, que fue un periodo de acercamiento y mayor preocupación por parte de EE. UU hacia la región.

1.3. La Administración de Donald Trump y su proyección hacia ALC. Continuidad y cambios respecto a las anteriores gestiones.

Si bien el impacto de la política exterior del presidente Donald Trump hacia ALC ha sido menos directa o relevante que el peso soportado por otras regiones del mundo, la región latinoamericana y caribeña no está excluida de los efectos de esta política, en temas tan

²⁴ Su vocación hacia el multilateralismo se tradujo en incesantes esfuerzos por parte de su Administración en la búsqueda por reestablecer su imagen frente a importantes socios como la Unión Europea, relación que con el unilateralismo de Bush había quedado deteriorada. De igual forma, concentró su interés en mejorar las relaciones con el mundo árabe y musulmán y negociar acuerdos nucleares con las principales potencias en esta materia.

²⁵ Para tener una idea de estos intensos contactos, solo en el caso de la Secretaria de Estado, Hillary Clinton, se realizaron 24 viajes a 18 países de la región hasta 2012.

relevantes como la democracia, el comercio, la migración y los derechos humanos, la cooperación y el cambio climático²⁶. Asimismo, no resulta uniforme, sino que más bien se puede vislumbrar en ella diferencias en función del país destinatario²⁷.

En el área de la democracia hay que destacar una fuerte posición hacia los llamados “regímenes autoritarios o dictatoriales”, como son los casos de Nicaragua y Venezuela. En este sentido, la Administración Trump asume un conjunto de medidas²⁸ hacia esta última, con el objetivo de derrocar la Revolución Bolivariana, medidas estas que entran dentro de la denominada “diplomacia del micrófono”, en tanto los discursos de los jefes de Estado han marcado la relación.

Por otro lado, en cuanto al tema migratorio, en contraposición con el legado histórico²⁹, desde la propia campaña electoral y luego de asumido el cargo, Trump se ha manifestado despectivamente sobre ciudadanos de diversas partes del mundo, incluyendo a los latinoamericanos, que han migrado a EE. UU en la búsqueda de cumplir el llamado “sueño americano”. En este sentido, ha aplicado medidas de endurecimiento migratorio³⁰ que han estado dirigidas principalmente contra nacionales provenientes de México y Centroamérica. A ello habría que agregar las propuestas de la construcción del muro fronterizo y el reforzamiento de la seguridad en la frontera³¹.

En cuanto a las relaciones comerciales, si bien las medidas más drásticas adoptadas por la Administración Trump han estado dirigidas a países o bloques extra regionales, lo cierto es que varias acciones ejecutadas tuvieron implicaciones para ALC, mientras que otras tienen un impacto directo en un país en particular, como es el caso de México.

Un primer ejemplo lo constituye la erosión que ocasionó Trump a la Organización Mundial del Comercio (OMC), de la que todos los países de la región forman parte, particularmente

²⁶ Sin querer ser totalmente abarcadores en cuanto a cada una de estas aristas (democracia, migratoria, comercial, cooperación, ambiental) de las políticas de Trump hacia ALC, el presente trabajo ha intentado sintetizar algunos de los ejemplos más ilustrativos de cada una, en aras del espacio y el tiempo.

²⁷ Al respecto, habría que destacar que países como México, Cuba, Venezuela y Nicaragua han sido objeto de especial preocupación e interés y hasta de hostilidad por parte de la administración estadounidense y han ameritado tomar decisiones que han ocasionado tensiones en la relación bilateral.

²⁸ El 13 de febrero de 2017 impuso sanciones al vicepresidente Tareck El Aissami y, un mes después, lo coloca en la lista de personas y empresas acusadas de narcotráfico. En octubre de 2017, EE.UU. se manifestó públicamente a favor de la aplicación de la Carta Democrática Interamericana de la OEA a Venezuela, al considerar que se había roto el orden democrático en dicho país (Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques, 9 de octubre de 2017, p. 14).

²⁹ Históricamente, EE.UU. se ha construido sobre la base de pujantes migrantes que arribaron a este país con la esperanza de encontrar un mejor futuro.

³⁰ Las medidas adoptadas por el presidente Trump para controlar la migración en la frontera con México se basan en concebir este flujo de personas como una amenaza, sin tener en cuenta el aspecto humanitario del fenómeno. La Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense de 2017 incorpora la construcción del muro en la frontera con México dentro del primer pilar de intereses nacionales a proteger denominado: Proteger al pueblo estadounidense, la patria y el estilo de vida americano (Presidente de los Estados Unidos de América, 2017, pp.9-10).

³¹ Cuando Trump asume el poder confirmó su decisión de concluir un muro en la frontera con México. Textualmente señaló: “*La primera cosa que necesitamos hacer es asegurar nuestra frontera sur y nosotros necesitamos hacerlo ahora mismo. Tenemos que detener esa avalancha, y la mejor manera de hacerlo es construyendo un muro. [...] La gente mala no solo viene de México. Ellos vienen de Centro y Sudamérica, y probablemente de Medio Oriente*” (Ostos, 2017, p.58)

contra su mecanismo de solución de controversias³². Una segunda medida tomada con efectos en la región, fue la decisión de retirarse del TPP, del que formaban parte tres países latinoamericanos: Chile, México y Perú, iniciativa liderada por EE. UU como una fórmula para fortalecer su posición en el mercado mundial. Por ello, el retiro del TPP rompe, como señala Palacio de Oteyza (2017): *[...] con la lógica de todas las Administraciones anteriores desde la década de los 90 del siglo pasado, desde Clinton, G. Bush y G.W. Bush, hasta la administración Obama y su Asian Pivot (...)*

Por otro lado, el gobierno estadounidense ha puesto en cuestión algunos acuerdos de libre comercio bilaterales, especialmente el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), con afectaciones especiales para México, por el alto volumen comercial entre ambos países.

Por su parte, en cuanto al tema de la cooperación, tradicionalmente EE. UU ha constituido una importante fuente para los países latinoamericanos y caribeños, lo que ha sido particularmente útil para afrontar situaciones de crisis económica y social, pero también para fortalecer el Estado de derecho, la democracia, los derechos humanos, la lucha antidroga, entre otros propósitos. Siguiendo esta lógica, si bien el Congreso no aprobó los drásticos recortes propuestos por Trump por concepto de ayuda a la región, en la práctica se produjo una disminución de los fondos destinados a estos fines³³.

Finalmente, en cuanto a las políticas ambientales, es válido destacar que Trump ha roto con todas las reglas más o menos seguidas por anteriores mandatarios. En este sentido, desde su propia campaña electoral cuestionó la existencia del cambio climático como un problema real para la humanidad. En consonancia con esta posición, desde que asumió la presidencia, ha venido adoptando un conjunto de medidas destinadas a liberarse de los compromisos climáticos asumidos por la gestión anterior. En este sentido, se ha inhibido de los compromisos financieros para con los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU y sacó a los EE. UU del Acuerdo de París sobre Cambio Climático.

Teniendo en cuenta los elementos anteriormente expuestos, se impone en este momento llegar a sintetizar algunas de las características más distintivas de la Administración Trump, que la asemejan y la diferencian del resto de los gobiernos.

³² En efecto, desde 2017 tres de los siete miembros del órgano de apelación de esta organización tienen vencido su mandato, mientras que a un cuarto se le venció en setiembre de 2018. Ante esto, EE.UU. se niega a facilitar el nombramiento de los reemplazos, con lo cual, Trump paraliza en la práctica el funcionamiento del mecanismo mismo.

³³ El Gobierno de Trump propuso reducir el presupuesto de USAID, con presencia en 19 países de América Latina, para pasar de 1.111 millones de dólares en 2016 a 756 millones en 2018, dejando en cero a Cuba (que en 2016 recibió 20 millones de dólares destinados a programas de promoción de la democracia y respeto a los derechos humanos) y a Venezuela (que en 2016 recibió 6,5 millones de dólares para apoyar a los medios de comunicación independientes así como a proteger y promover los derechos humanos y el fortalecimiento de la sociedad civil) (Bermúdez, 29 de mayo de 2017; Oppenheimer, 30 de mayo de 2017).

Siguiendo esta lógica, la primera característica que define al gobierno de Trump es ser nacionalista y parcialmente aislacionista³⁴. En este sentido, ha existido una tendencia hacia una política exterior aislacionista en la historia de EE. UU, desde el aislacionismo más extremo planteado por Washington, Jefferson y Monroe hasta el más moderado postulado por Richard Nixon³⁵. Por su parte, Jimmy Carter, George W. Bush y el propio Barak Obama propusieron, inicialmente, reducir el protagonismo de EE. UU en el mundo para ocuparse de los asuntos internos. Esto demuestra que, tanto en Trump como en el resto, el “mirar hacia adentro” ha sido una fuerte tentación.

En segundo lugar, se encuentra el componente securitizado³⁶ de la gestión de Trump, en el que se enfocan los distintos ámbitos de su política exterior desde el ángulo de la seguridad, tal como lo hiciera su antecesor George W. Bush luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Una muestra de la importancia que el presidente Trump les asigna a los temas de seguridad por encima de cualquier otro tema, es el incremento del presupuesto de defensa para 2018 y 2019³⁷.

En tercer lugar, la política exterior es no institucionalista, lo que rompe con el precedente anterior, siendo dirigida, en muchos casos, de manera personal por el presidente Trump, con el apoyo de los funcionarios de la Casa Blanca. En otras palabras, se evidencia la poca importancia que se le atribuye al Departamento de Estado, incluso, como acción presidencial se produce en esta etapa el despido del Secretario de Estado, Rex Tillerson, quien es sustituido por Mike Pompeo.

En cuarto lugar, se encuentra el bajo compromiso con el multilateralismo y la cooperación. En este sentido, Trump considera al sistema interamericano como decadente, complejo y no alineado a los intereses de la súper potencia, por lo cual prefiere las negociaciones bilaterales. Si bien ha apelado al multilateralismo en determinadas ocasiones como, por ejemplo, a la OEA para pronunciarse contra la “dictadura” de Venezuela, también ha optado por retirarse de organizaciones internacionales y acuerdos como el TPP. De igual

³⁴ Ello no implica que Trump se haya desentendido de los problemas globales, solo ha estado vinculado a aquellos temas que le reporten beneficios y no le creen costos adicionales. Asimismo, es ultra nacionalista en tanto está dispuesta a abandonar espacios y sacrificar principios, compromisos, palabras empeñadas e intereses globales, si con ello cree que favorece a EE.UU. Por otro lado, algunas administraciones estadounidenses optaron por actuar de manera unilateral (Reagan, G.W. Bush), mientras otras se inclinaron claramente por el multilateralismo (G.H.W. Bush, Clinton, Obama).

³⁵ Nixon, en su momento, sustentó la necesidad de que sus aliados se defendieran por ellos mismos, sin recurrir a la ayuda estadounidense.

³⁶ Esta tendencia de “securitizar” todo impide, en primer lugar, que los temas sean analizados de manera integral, llevando a un reduccionismo peligroso. Al vincular todos los temas a la seguridad estadounidense se prioriza la participación de las entidades encargadas de esta por encima del Departamento de Estado, que debería ser el actor primordial.

³⁷ Así, para 2018, solicitó un incremento de 10%, es decir, 54 mil millones de dólares más que el año anterior, configurando el más grande presupuesto desde el gobierno de Reagan (La Jornada, 17 de marzo de 2017); mientras que para 2019 planteó un incremento de 13% en relación al año anterior, es decir, un presupuesto total de 686.000 millones de dólares (La Vanguardia Redacción, 12 de febrero de 2018).

forma, se han disminuido las contribuciones a algunos organismos, al mismo estilo de Ronald Reagan, que apenas asumió el poder redujo las contribuciones de EE. UU a los bancos internacionales de desarrollo en un 25%.

Una quinta característica es la condición de ser selectivamente proteccionista, en contraste con los pilares tradicionales de la política exterior de las anteriores administraciones de defender y promover el libre comercio, donde la apertura y la competitividad eran sus características centrales. En el caso de Trump, no se trata de un proteccionismo generalizado sino más bien selectivo, en tanto solo se proyecta con aquellos países con los que se considera que se han aprovechado de EE. UU a través de acuerdos comerciales que habrían sido mal negociados y en donde los intereses estadounidenses no habrían sido protegidos³⁸.

En cuanto a la promoción de la democracia, otro de los pilares de la política exterior estadounidense, se observan también vaivenes, pues si bien varios presidentes (Ford, G.H.W. Bush, Clinton, Obama) buscaron respaldar los regímenes democráticos en la región rechazando las dictaduras de cualquier procedencia, hubo otros que no siguieron la misma línea (Truman, Eisenhower, Johnson, Nixon, Reagan).

Conclusiones

- La política exterior estadounidense hacia ALC no ha seguido lineamientos, valores y principios permanentes, sino que, ante las necesidades o intereses que la coyuntura exigía o por la particular valoración que cada presidente tenía de la región, estos han sido más bien fluctuantes.
- En efecto, si bien la presencia y liderazgo de EE. UU en la región en el ámbito comercial, de las inversiones y de la cooperación ha sido fundamental al igual que los valores y principios compartidos, se puede señalar que, salvo momentos puntuales, las relaciones no han tenido la intensidad ni la diversidad que la región esperaba.
- En cuanto al interés de EE. UU hacia ALC, si bien presidentes como F. Roosevelt, Kennedy o G.H.W. Bush mostraron especial preocupación por priorizar las relaciones con los países de la región, la inmensa mayoría la relegaron a un segundo plano.
- Pese a la retórica agresiva del presidente Trump, la política exterior concreta de EE. UU en la región ha estado marcada, en sentido general, por una continuidad respecto a las medidas bilaterales y multilaterales del gobierno de Obama. Hay que tener en cuenta al

³⁸ En este caso se encuentra el Tratado de Libre Comercio para América del Norte, en el cual Trump está exigiendo una revisión.

respecto que, los modelos de desarrollo conservadores vigentes en muchos países de ALC permiten que EE. UU siga manteniendo un esquema tradicional de relaciones.

- Al igual que en el resto de las Administraciones, durante el gobierno de Trump, en mayor o menor grado, el intervencionismo (de diferentes modalidades) ha sido una constante en las relaciones con ALC.

- Para Trump, se han puesto en un primer plano de la agenda los temas económicos, comerciales, energéticos, sociales, medioambientales vinculados a lo que otros mandatarios han llamado “la prosperidad y la seguridad de las Américas”.

Referencias Bibliográficas

- Bermúdez, A. (2017): “Cómo el presupuesto de Donald Trump para Estados Unidos favorece a los gobiernos de Cuba y Venezuela”. BBC Mundo. Recuperado de <http://www.bbc.com/mundo/noticias-americalatina-40080461>.

- Calderón, L. (2000): “Valores e intereses de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina en la administración Clinton” (tesis para la obtención del título de Magíster en Diplomacia), Academia Diplomática del Perú, Lima.

- Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques. (2017): “Las relaciones entre la Administración Trump y América Latina: Dinámicas de cambio y continuidad”. Recuperado de http://centrogilbertobosquessenado.gob.mx/docs/DI_TrumpLatAm_091017.pdf

- Domínguez, J. (2010): “La política exterior del presidente Barack Obama hacia América Latina”, Foro Internacional, Vol. L, núm. 2, pp. 243-268, El Colegio de México, A.C. Distrito Federal, México.

- Fernández de Castro, R. (2001): “Entre la excepción y el compromiso: Bush ante América Latina”. Foreign Affairs en español, 1(3), 56-60.

- Forte, R. (2020): “La política exterior norteamericana hacia América Latina en el debate historiográfico del siglo XX: una reinterpretación”, Revista Ecúmene de Ciencias Sociales (RECS), Número. I.

- Grabendorff, W. (2018): “América Latina en la era Trump. ¿Una región en disputa entre Estados Unidos y China?”, Revista Nueva Sociedad No 275, ISSN: 0251-3552.

- Kissinger, H. (2001): “La Diplomacia”. México: Fondo de Cultura Económica.

- La Vanguardia Redacción. (12 de febrero de 2018). Trump propone un presupuesto que refuerza el “America First”. La Vanguardia. Recuperado de

<http://www.lavanguardia.com/internacional/20180212/44743472401/presupuesto-donald-trump-2019-eeuu.html>.

- Linares, C. (1993): "Perspectivas de la política exterior norteamericana bajo la administración Clinton: repercusiones para América Latina y el Perú" (tesis para la obtención del título de Licenciatura en Relaciones Internacionales). Academia Diplomática del Perú, Lima.
- Long, T. (2018): "La relación entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe en la era Trump", *Revista Mexicana de Política Exterior* Num. 114, pp. 157-175, ISSN 0185-6022.
- Morgenfeld, L. (2016a): "Los desafíos de América Latina tras el terremoto Trump". En N. Trotta y P. Gentili. *América Latina: La democracia en la encrucijada* (pp.121-124). Buenos Aires: Editorial La Página S.A.
- Novak, F. y Namihás, S. (2018): "La política exterior de Donald Trump y su impacto en América Latina", Instituto de Estudios Internacionales, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Odriozola, I. (2017): "Sobre aislacionismo y excepcionalidad: Donald J. Trump, los Neoconservadores y el Derecho Internacional". *Revista Tribuna Internacional*. 12 (6).
- Ospina, M. (2012): "Yanquis y latinos 200 años. La historia de los Estados Unidos y América Latina". Bogotá: Edygraf Publicidad.
- Ostos, M.P. (2017): "La nueva administración estadounidense y su impacto en la relación bilateral con México". *Agenda Internacional*, 35 año 24, pp.51-66.
- Palacio de Oteyza, V. (2017): "Estados Unidos: de Obama a Trump. Un giro estratégico de ciento ochenta grados" (pp.49-79). *Panorama Estratégico 2017*. Madrid: Instituto Español de Estudios Estratégicos del Ministerio de Defensa.
- Pastor, R. (1986b): "El Gobierno de Carter y América Latina: principios a prueba". *Foro Internacional*, 27(2), 197-233. Recuperado de <http://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/download/1051/1041>.
- Raymont, H. (2007): "Vecinos en conflicto. La historia de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica, desde Franklin Delano Roosevelt hasta nuestros días". Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Smith, W. (1984): "The United States and Latin American. Into a New Era". En J. Knippers. (Ed.). *Latin America. Its problems and its promise*. Boulder: Westview Press.